

XI.

Su tío Melek, vencido por este regreso triunfal, le concede su hija. El esclavo negro, enriquecido con los dones de Moundir y de Chosroés, llega á ser el mas poderoso y opulento de los árabes de la tribu de Abs. Destiáronse los años en la paz, en la guerra, en nuevas empresas y en una constante felicidad al lado de la hermosa Abla, envidiada de todas las mugeres del Hedjaz y del Yemen.

Pasamos en silencio esos años monótonos de la vida de Antár para llegar á la muerte del héroe, uno de los cantos líricos mas bellos de todas las lenguas

XII.

En el curso de sus hazanas como jefe de su tribu, había vencido Antár á uno de sus enemigos llamado Djézar, y para castigarle por sus agresiones contra su pueblo, le había privado de la luz del día haciendo pasar un sable candente por delante de sus ojos, y despues le había dejado la vida, la libertad y hasta el rango supremo en su tribu.

«Desde aquel tiempo, dice el poeta continuador del poema que cuenta en la misma lengua el canto fúnebre y la muerte heroica de Antár, desde aquel tiempo Djézar, hijo de Djaber, meditaba silenciosamente su venganza. Aunque sus ojos estaban privados de la luz, no había perdido nada de su destreza en disparar flechas. Su oído, ejercitado en seguir los movimientos de las fieras al ruido de sus pasos, bastaba á guiar su mano, y jamás erraba golpe. Su odio, siempre atento, escuchaba ávidamente las noticias que la fama difundía acerca de su enemigo. Sabe que Antár, despues de una expedición lejana y feliz contra las fronteras de Persia, vuelve al Yemen, cargado de tanta gloria y tesoros como él ha sacado otras veces de la corte de Chosroés, y que debe pasar al desierto vecino de su campamento.»

Al oír Djézar esta relación llora de envidia y de rabia, y llama á Nedjim, su esclavo fiel.

«Diez años han trascurrido, le dice, desde que un hierro encendido arrebató por orden de Antár la luz á mis ojos, y aun no estoy vengado. Pero al fin ha llegado el momento de apagar en su sangre el fuego que abrasa mi corazón. Dicen que Antár se halla acampado á orillas del Eufrates. Allí es donde quiero ir á buscarle. Viviré oculto entre los cañaverales del río hasta que el cielo entregue su vida á mis golpes.»

Djézar manda á su esclavo que le lleve su

camella que alcanza en su carrera al avestruz; ármase de su carcaj de flechas envenenadas. Nedjim hace arrodillar á la camella, ayuda á su amo á montar y toma el cabestro del animal para dirigir sus pasos hácia el lecho distante del Eufrates: el guerrero ciego llenaba el desierto con sus amenazas y sus mugidos.

Despues de un largo día de marcha al través del espacio sin agua, Djézar y su esclavo llegan á las orillas del Eufrates, cuyo curso está trazado por la verdura de los árboles y de las yerbas de su lecho.

«¿Qué ves á la otra orilla?» pregunta Djézar á su esclavo.

Nedjim dirige una mirada al otro lado del río, ve tiendas ricamente adornadas, numerosos ganados, camellos que vagan en grupos por el llano, lanzas clavadas en tierra á las puertas de las tiendas, caballos enjaezados atados por los pies delante de la habitación de sus dueños. A poca distancia del río descollaba una tienda mas brillante y elevada que las demas, y á su puerta se levanta como un mástil una gran lanza de acero, junto á la cual hay un caballo mas negro que el ébano. Nedjim reconoce el noble corcel de Antár, el célebre Abjer y su lanza terrible. Hace detener á la camella de su amo detrás de los arbustos y juncos que los ocultan á todos los ojos y espera la hora de las tinieblas.

XIII.

Quando la noche cubrió con sus sombras las dos orillas del Eufrates, dijo Djézar el ciego á su esclavo:

«Abandonemos estos lugares; las voces que oigo al otro lado me parecen demasiado lejos para el alcance de mis flechas. Aproximame á la orilla; mi corazón me dice que un golpe illustre va á inmortalizar mi nombre y mi venganza.»

Nedjim toma al ciego de la mano, lo acerca al agua, le hace sentar sobre la orilla enfrente de la tienda de Antár y le da su arco y su carcaj. Djézar elige la mas acerada de sus flechas, la coloca sobre la cuerda y con el oído atento espera la hora de la venganza.

Antár, entretanto, en los brazos de su esposa Abla, á quien cada día amaba con mas ternura sin que hubiesen debilitado su amor diez años de posesión continuada, olvidaba debajo de su tienda sus fatigas y sus hazanas, cuando los ladridos lúgubres de los perros, fieles guardianes del campo, vinieron á arrojar en su alma una inquietud profética.

Se levanta y sale de su tienda.

El cielo estaba sombrío y nebuloso. Camina á tientas por las tinieblas. La voz mas animada de los perros le atrae á la orilla del río. Empu-

jado por su destino, avanza hasta el lecho del agua y sospechando la presencia de algun extranjero sobre la otra orilla, llama en alta voz á su hermano para enviarle á reconocer la margen opuesta.

Apenas su voz robusta resuena en el lecho cóncavo del valle del Eufrates, repetida por las rocas de las montañas, cuando una flecha le atraviesa el costado derecho y penetra hasta sus entrañas.

Ningun grito, ningun gemido indigno de un héroe se escapan á su dolor; arranca el hierro con mano firme y grita con voz fuerte á su invisible enemigo:

«Traidor, que no te atreves á atacarme á la claridad del día; no te escaparás de mi venganza, no gozarás del fruto de tu perfidia!»

Al oír el ciego Djézar esta voz, que le hace creer que su flecha ha ido mal dirigida, lleno de terror ante la idea de la venganza de Antár, se desmaya sobre la orilla y su esclavo suponiéndole muerto, huye en la camella, abandonando á su amo inanimado sobre la arena. El hermano de Antár atraviesa el río á nado, tropieza con un cuerpo que cree ser un cadáver y lo traslada sobre sus espaldas con arco y flechas al campamento.

XIV.

Antár, tendido debajo de su tienda y en medio de sus amigos consternados, sufría horribles tormentos; la tierna Abla contenía su sangre regando la herida con sus lágrimas.

Conducen á la tienda el cuerpo del asesino, su arco y sus flechas. Antár reconoce el rostro mutilado de su enemigo y ya no duda de que esté envenenada la flecha disparada por semejante mano. La esperanza abandona su corazón y la muerte se presenta inevitable á sus ojos.

«Esposo mio, le dice tiernamente Abla, ¿por qué renuncias á la esperanza? Una ligera herida de flecha debe alarmar al que has opor- tado sin temor tantos sables y lanzas, como lo prueban las muchas cicatrices que cubren tu cuerpo?»

«Abla, responde Antár, mi vida está condenada. Mira las facciones de este rostro: es Djézar; la flecha del traidor está envenenada!»

A estas palabras llena Abla la noche con sus sollozos, rasga sus vestidos, arranca sus largos cabellos y recoge polvo que derrama sobre su cabeza. Todas las mugeres del campo responden á sus gemidos.

«Querida esposa, dice Antár á Abla, ¿quién defenderá tu honor y tu vida despues de la muerte de Antár en ese largo viage que tienes que hacer por entre nuestros enemigos antes de llegar al país de tu padre? Solo un segundo esposo, otro yo mismo, puede ahorrarte las desgracia de la esclavitud. De todos los guerreros

del desierto Zeid y Amnem son los únicos, cuyo valor protegerá mejor tu vida y tu libertad; eligeme á uno de los dos, y vé á prometerle tu mano.»

Abla no responde sino con sus lágrimas á un pensamiento que le causaba horror.

«Para volver á la tierra que habitan los hijos de Abs, para asegurar tu paso por el desierto que te separa de ellos, coge mis armas y monta mi corcel Abjer. Con este disfraz que hará creer á nuestros enemigos que existo todavía no temas ser atacada. Nada respondas á los que te saluden en el camino; la vista de las armas y del caballo de Antár bastará para intimidar á los mas atrevidos.»

XV.

Antár, despues de estas palabras da orden para la partida. Levantan las tiendas, las plegan y cargan sobre los camellos. Abla, inundada en sus lágrimas, se deja revestir por obediencia la pesada armadura de Antár. Ciñéndose su sable y empuñando la lanza, monta en su corcel Abjer, en tanto que los esclavos acuestan á Antár espirante en la litera que Abla solía ocupar en tiempos mas felices, cuando atravesaba como una reina el desierto.

Apenas habían perdido de vista las verdes márgenes del Eufrates para penetrar en la inmensidad del desierto, cuando distinguieron á lo lejos tiendas semejantes á puntos sombríos en el horizonte, ó á una franja negra del azulado manto de los cielos. Era una tribu fuerte y numerosa.

Trescientos hombres á caballo se destacan de ella para venir á caer sobre la caravana; pero al acercarse reconocen la litera y el caballo. «Son Antár y Abla se dicen en voz baja unos á otros. Hé ahí sus armas, su caballo Abjer y la magnífica litera de Abla. Volvamos á nuestras tiendas y no nos esponamos á la cólera de esos invencibles guerreros.»

Ya volvían grupas cuando un viejo chái que, mas reflexivo y penetrante que los jóvenes, les dijo:

«Hijos míos, aquella es en efecto la lanza de Antár, aquel su casco, su armadura y su corcel, cuyo color se asemeja á una noche oscura; pero no es su elevada estatura, ni su varonil actitud; es la talla y el continente de una muger tímida, abrumada bajo el peso del hierro que lastima sus miembros delicados. Creed mis sospechas, Antár ha muerto, ó bien una enfermedad mortal le impide montar á caballo, y ese falso guerrero que lleva Abjer, es Abla que se habrá revestido con las armas de su marido para intimidarnos, mientras el verdadero Antár, yace acaso moribundo en la litera de las mugeres.»

Reconociendo los ginetes algo de verdad en

las palabras del anciano vuelven atrás y siguen á cierta distancia la caravana, aunque sin atreverse todavía á atacarla.

XVI.

Entretanto la delicada mano de Abla cedia bajo el peso de la lanza de hierro, y se ve obligada á entregarla al hermano de su marido, que marchaba á su lado, y poco después, cuando el sol, llegado á la mitad de su carrera, abrasaba con sus rayos la arena del desierto, Abla, abrumada de angustia y de fatiga, se levanta la visera de su casco para limpiarse el sudor que bañaba su frente. Los ojos de los árabes enemigos que la espían distinguen la blancura de su rostro.

«No es el negro, esclaman, y con toda la celeridad de sus caballos se lanzan tras las huellas de la caravana de Antar.»

Al oír el galope y los relinchos de los caballos que venían detrás y la voz de Abla que le llama, Antar que reposaba medio muerto en la litera, se incorpora, asoma su cabeza por entre las cortinas y lanza por última vez su grito terrible de guerra que encoge los corazones en los pechos.

A este grito conocido de todo el desierto las crines de los caballos se erizan y llevan á sus ginetes helados de espanto.

«¡Desgraciados de nosotros! se dicen los árabes enemigos de Abs, Antar respira todavía; es un lazo que nos ha tendido para nocer qué tribu era la que se atrevía á ambicionar después de él la conquista de su espasa y de sus bienes.»

Un número escaso solamente, confiando siempre en la voz de su anciano jefe, continúan siguiendo de lejos á la caravana.

XVII.

Antar, á pesar de su debilidad, deja la litera á Abla y vuelve á montar en Abjer, cubierto con sus armas, marchando al lado de ella lentamente.

Al concluir el día llegaron á un valle poco distante del territorio de la tribu de Abs. Esta garganta se llamaba el Valle de las Gacelas. Rodeado de montañas inaccesibles, para penetrar en él por el lado del desierto, era preciso introducirse por un desfiladero estrecho y tortuoso donde apenas podían marchar de frente tres ginetes.

Deteniéndose Antar en la boca de este desfiladero, hizo entrar primero los ganados, los

esclavos, y lo camella que llevaba la litera de su querida Abla. Luego que toda la caravana estuvo en seguridad en el valle, vino á colocarse solo de centinela en el extremo del desfiladero, enfrente del llano y de los árabes que le seguían de lejos. En aquel momento, se aumentan sus dolores, siente rasgarse sus entrañas, cada paso de su corcel le hace experimentar suplicios parecidos al fuego del infierno. La muerte invade sus miembros y respeta su alma intrépida. Hace frente á los árabes, detiene á Abjer, clava su lanza en tierra por la punta y apoyándose sobre el asta como un guerrero descansando que deja respirar á su caballo, permanece inmóvil en la entrada del desfiladero.

XVIII.

A este aspecto los treinta guerreros que habían seguido hasta allí las huellas de su caravana se paran también tímidos y vacilantes á algunos centenares de pasos del héroe.

«Antar, dicen entre sí, ha observado que seguimos su marcha, y nos espera allí para esterminarnos á todos; aprovechemos las sombras de la noche que cae para escapar de su sable y reunirnos con nuestros hermanos.»

Pero el viejo chaique, insistiendo en su pensamiento, los contiene todavía y les dice en voz baja:

«Amigos, no escuchéis esos consejos del miedo. La inmovilidad de Antar es el sueño de la muerte. ¿Pues qué! ¿no conocéis su valor impetuoso? ¿Antar ha esperado jamás á su enemigo? Si estuviese vivo ¿no se lanzaría sobre nosotros como el buitre sobre su presa? avanzad, pues, resueltamente, y si no queréis arriesgar vuestras vidas contra su espada, quedaos aquí á lo menos hasta que la aurora venga á alumbrar vuestras sospechas.»

XIX.

Medio persuadidos por el anciano los treinta guerreros se deciden á quedarse donde están; pero siempre inquietos y alarmados al menor torbellino de polvo que el viento levanta alrededor de los pies de Abjer, pasan toda la noche á caballo sin permitir á sus ojos cerrarse al sueño.

En fin, el día empezó á blanquear el cielo y aclarar las sombras que cubrían el desierto. Antar seguía en la misma actitud á la entrada del desfiladero; su corcel dócil al pensamiento de su amo, aun después de muerto, permanece inmóvil como él.

A esta extraña aparición asombrados los guerreros consultan entre sí largo rato antes de tomar una resolución. Todas las apariencias les dicen que Antar ha cesado de vivir, y sin embargo, ninguno de ellos se atreve á avanzar para asegurarse de ello, tan fuerte es el hábito del terror que aquel héroe los inspira!...

El viejo chaique quiere convencerse por sí mismo y convencerlos por medio de una prueba antes de huir ó avanzar. Se apea de su yegua, le suelta la brida y picándola en las ancas con la punta de su lanza, la echa hácia la entrada del desfiladero. Apenas el animal llegó corriendo cerca de la garganta de la montaña, cuando el fogoso Abjer, respirando sus miasmas, se arroja relinchando tras los pasos de la yegua sin ginete. Al primer brinco que dió el caballo, Antar sostenido solamente por el asta de lanza que se ocultaba debajo de él, cae como una torre y el ruido de sus armas resonó en el desfiladero.

A esta caída, á este rumor de un cuerpo inanimado cayendo sobre el suelo, los treinta guerreros corren hácia el cadáver tendido á los pies de sus caballos, y se admiran de ver acostado sin movimiento sobre el polvo al que había temblar la Arabia. No se cansan de medir con la vista sus miembros y su estatura colosal. Renunciando atacar á la caravana de Abla, á quien las astucias de su moribundo esposo habían dado una noche entera para ponerse en salvo y llegar hasta las tiendas de la tribu de Abs, los guerreros se contentan con despojar al héroe de sus armas para llevarlas á su tribu como un trofeo conquistado á la muerte. En vano se esfuerzan por apoderarse de su corcel. El fiel y soberbio Abjer, después de haber olfateado á su amo, conoce que ya no puede tener otro ginete digno de él, y más rápido que el rayo se les escapa, desaparece á sus ojos y se hunde para siempre en la libertad del desierto.

Se dice que el viejo chaique, enternecido con la suerte de un héroe que habían ilustrado tantas hazañas, lloró sobre su cadáver, le cubrió de arena y le dirigió estas palabras: «Gloria á ti, bravo guerrero, que durante tu vida has sido el defensor de tu tribu, y que aun después de tu muerte has salvado á tus hermanos por medio del terror de tu cadáver y de tu nombre! ¡Viva eternamente tu alma, y ojalá que los refrigerantes rocíos puedan humedecer la tierra de tu última hazaña!»

Tal es la historia de Antar; tal es el poema de que ese árabe, pastor, guerrero y poeta, fué al mismo tiempo cantor y héroe. Este poema histórico, igual frecuentemente por el instinto, por las costumbres y por la poesía á Homero, Virgilio y el Tasso, es recitado hoy todavía bajo las tiendas de los árabes del desierto de Damasco, Alepo y Bagdad, durante las veladas de los conductores de camellos ó durante los altos y el descanso de las caravanas. No despreciamos á nadie. Si la poesía literaria de un pueblo es uno de los monumentos naciona-

les que pueden servir á la posteridad para medir con más certidumbre el grado de civilización moral é intelectual á que ha llegado aquel pueblo en masa, convengamos en que esas razas sencillas y pastoriles que adornan su memoria y encantan sus ocios con la lectura de una epopeya tradicional, tan heroica y tan pura como el poema de Antar, son por lo menos iguales en delicadeza de gusto y en nobles placeres de espíritu á esas poblaciones sedentarias del Occidente, tan orgullosas y vulgares á la vez, que no tienen por poemas mas que la narración de las hazañas de algunos malvados que se hacen célebres por sus crímenes, ó algunos romances cínicos llenos de crápula, de inmoralidad y de vino; entre esta poesía de la taberna y aquella poesía del desierto, ¿qué corazón puro y recto, y qué imaginación casta podría vacilar? La tienda es la civilizada; solo la taberna es la bárbara.

La razón de esto consiste en que hay dos civilizaciones; la civilización material y mecánica que obra sobre la materia y produce en último resultado la riqueza, y la civilización moral que obra sobre las almas y produce en definitiva ideas, costumbres, heroísmo y virtudes. Apreciemos la primera por lo que vale, es decir, el bienestar; apreciemos la segunda por lo que inspira, esto es, los sentimientos. Los pueblos verdaderamente civilizados son los que reúnen ambas, y á este objeto deben aspirar los gobiernos, los legisladores, los economistas, los moralistas, los escritores y los poetas; pero si fuese absolutamente indispensable escoger entre estas dos civilizaciones generalmente opuestas, no vacilaríamos en pronunciarnos por la civilización de las almas contra la civilización de los cuerpos. Hay, á juicio nuestro, más civilización en un versículo del Evangelio, en un axioma de filósofo ó en un verso de poeta arrojados perpétuamente en la memoria y en las costumbres de un pueblo, que la hay en el palacio de cristal de Londres y en la exposición de todas las industrias del universo. Vuestros talleres, vuestras fábricas, vuestras manufacturas y vuestras máquinas producirán maravillas en el tejido y cincelado; pero todas las máquinas del universo no producirán jamás ni una idea, ni un sentimiento: son la mano de la humanidad, pero no son el alma. No es la mano la que hace al hombre; algunos de los seres más despreciados de la creación tienen una mano tan completa como la vuestra, y sin embargo están irrisoriamente relegados al último rango de la escala. ¿Por qué? Por que no tienen la palabra, y la palabra sola, máquina viva de la verdad, contiene la luz, la religión, la moral de lo bello y de lo bueno, un alma en fin. ¡Gloria á la palabra! Ella es la única medida de la civilización. He aquí por que pobres árabes pastores tienen un poema épico en sus desiertos, y vosotros no tenéis en vuestras capitales industriales para vuestro pueblo de trabajadores mas que tabernas y romances.